

¿Puede ser hoy deseable creer en Dios?

Joan Mesquida Sampol

Doctor en Derecho y Licenciado en Ciencias Políticas
y de la Administración

E-mail: jmesquida@protonmail.ch

Recibido: 4 de marzo de 2018

Aceptado: 12 de julio de 2018

RESUMEN: En nuestra sociedad muchas personas se definen como creyentes, pero viven como si no lo fueran. Para muchos, ser cristiano es algo que viene dado, como ser español o andaluz. Para otros, Dios es un recuerdo infantil que hoy nada les aporta. Todos tienen una idea de Dios, pero, para un gran número de ellos, es un invitado incómodo del que buscan deshacerse. La Iglesia debe intentar acercarse a todos esos creyentes con un mensaje que reavive en ellos el deseo de creer.

PALABRAS CLAVE: Religiosidad, indiferencia religiosa, secularización, nueva evangelización, apologética.

1. Desvelando la trama

Empecemos recordando la escena de *Matrix* en la que el líder de la resistencia ofrece dos píldoras al protagonista, una de color rojo y otra de color azul. Si toma la primera, tendrá la posibilidad de unirse al grupo y se le desvelará la realidad tal cual es, cruel y opresiva. En cambio, si elige la azul, se olvidará de todo y seguirá pastando feliz en la realidad virtual que le proporciona *Matrix*, la inteligencia artificial que cultiva humanos como si fueran nabos

mientras los mantiene adormecidos en un mundo onírico creado por ella misma.

En nuestra realidad particular, y refiriéndonos a la religiosidad en general de nuestros conciudadanos, uno a veces tiene la impresión de que en un momento de nuestras vidas se nos plantea algo parecido a lo que he relatado: escoger entre la píldora roja o la azul para ver lo que de real hay en nuestra creencia religiosa o para seguir con esa fe que nos acompaña desde la infancia. Nos guste o no, la mayoría de nosotros ha nacido en un entor-

no en el que la religión forma parte, en mayor o menor medida, del imaginario social¹. Incluso las generaciones más jóvenes perciben ese imaginario, aunque sea de forma diferente de la que percibimos los que rondamos la cincuentena. Muchas personas que no se consideran religiosas han sido bautizadas en su infancia o han estudiado religión en la escuela, en muchos casos escuelas concertadas católicas, aunque sus padres raramente los hayan llevado a misa o les hayan hablado de religión en casa. Ni siquiera en los ámbitos más reacios a la religión encontraremos muchas personas que se atrevan a afirmar que no han oído hablar de Jesús de Nazaret o que no sepan cuál es la historia del buen samaritano o la del hijo pródigo.

Al igual que en la película, en nuestro entorno esa opción por la religiosidad se vende como una dualidad excluyente: o tomas la píldora roja y conocerás la realidad tal cuál es, o tomas la azul y seguirás en ese mundo alienante pero placentero de fantasía y mentira. Como si de antemano ya se excluyera la posibilidad de una tercera opción, la de madurar en la fe, dejando de lado la fe infantil e ingenua, pero sin rechazar una

idea adulta de Dios. Sin embargo, la realidad demoscópica parece indicar que una gran mayoría opta por la píldora roja, adoptando un posicionamiento distante con la religión. Se vive como si nada se supiera de Dios, como si no existiera.

Es verdad que, si nos fijamos en las encuestas de opinión, sigue habiendo muchas personas que se califican a sí mismas como creyentes o católicas². Para muchos de ellos, ser católico no es tanto un modo de vida como un atributo personal: uno “nace” católico como “nace” español o del Barça, porque las circunstancias geográficas, históricas o familiares así lo han determinado y poco más. Son católicos identitarios. Para ellos, con frecuencia la fe no es mucho más que un recuerdo infantil que,

¹ Cf. C. TAYLOR, *La era secular*, Gedisa, Barcelona 2014, 257-260.

² Los Barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) nos muestran como en España existe en torno a un 10% de la población que se manifiesta atea y un porcentaje similar que se identifica como creyente (mayoritariamente católica) y reconoce ir semanalmente a misa. Descontando un 20% que dice no saber o no contesta a la encuesta, nos encontramos con un 60% de la población que se identifica como creyente si bien reconoce no frecuentar los lugares de culto. Los diferentes Barómetros pueden consultarse en http://www.cis.es/cis/open/cm/ES/11_barometros/index.jsp

no obstante, puede reflotar en momentos de crisis y angustia, sea ante un examen o ante un diagnóstico incierto. Pero tan pronto cesa el agobio, esa fe se hunde de nuevo en el recuerdo remoto y escondido.

Por otro lado, también es cierto que, frente a lo que tendemos a pensar, esa indiferencia religiosa no es algo tan novedoso ni exclusivo de nuestro tiempo. Por ejemplo, varios siglos atrás, Blaise Pascal mostraba ya su honda preocupación por el hecho de que una parte significativa de sus congéneres despreciasen la religión³. Las causas que identificaba Pascal para ese desprecio eran básicamente dos: la creencia de que la religión era contraria a la razón humana y, por ello mismo, a la naturaleza del hombre; y su carácter absurdo, su incapacidad de ofrecer un sentido a la humanidad.

Como comprobaremos seguidamente, estos dos motivos no son diferentes a los que hallamos hoy en nuestro siglo XXI: la creencia de que Dios es un obstáculo para el desarrollo pleno y libre del hombre; y la creencia de que Dios no nos aporta ningún sentido ni un hálito de esperanza: simplemente pasa de nosotros. Con todo, no po-

demo dejar de apuntar que existen hoy diferencias importantes con la época de Pascal. En la actualidad, la indiferencia religiosa llega hasta la médula de nuestra cultura de una forma nunca vista antes. Vivimos en una época que con acierto Tomáš Halík califica de postoptimista, no solo por la profunda crisis de las ideologías del progreso y del conocimiento humano, sino también por la crisis religiosa general. A diferencia de épocas anteriores, hoy se desconfía de Dios. Ya no parece posible creer en un dios que actúa a modo de director de escena y que nos saca de nuestros problemas como un *deus ex machina*. Un dios, en definitiva, que actúe al dictado de nuestros encargos realizados desde la fortaleza de la fe y la oración perseverante⁴. Por tanto, más que despreciar la religión en un sentido casi combativo, como posiblemente ocurría en el siglo XVII, el hombre de hoy simplemente no se la toma en serio y ha dejado de pensar en ella.

Mi pretensión aquí es intentar explorar las raíces de esa indiferencia como un primer paso para entender qué está ocurriendo con el hombre de hoy y, sobre todo,

³ B. PASCAL, *Pensamientos*, Cátedra, Madrid 2012, 43.

⁴ T. HALÍK, *Paradojas de la fe en tiempos postoptimistas*, Herder, Barcelona 2016, 21.

cómo puede la Iglesia suscitar en esas personas la curiosidad por el mensaje del evangelio y el deseo de volver a confiar en Dios.

2. La píldora roja

Aunque a alguno le parecerá osado, creo que deberíamos empezar partiendo de la hipótesis de que existe en el ser humano un cierto grado innato de sensatez, incluso cuando nos referimos al espinoso tema de la religión. Siendo esto así, no debería ser disparatado pensar que una persona que tenga una convicción más o menos vaga de la existencia de Dios y que, pese a ello, piense que esa existencia nada le aporta a su vida, o es un insensato (como lo es quien camina por una azotea creyendo que no existe la ley de la gravedad) o es que tiene una idea muy particular de Él. Ser consciente de que Dios existe y actuar como si no fuera así, tiene que ser demostrativo, bien de una convicción muy débil respecto a su existencia, bien de una idea de Dios muy distinta de la que predica la Iglesia. En el primer caso, nos encontraríamos en una situación próxima al agnosticismo o a la indiferencia religiosa. El segundo, supondría tal vez la creencia en un dios impersonal, ajeno a las personas y a la creación. Sería una

divinidad parecida a la de los que defienden la existencia de una inteligencia ordenadora del mundo que, sin embargo, descansa ociosa y despreocupada de su creación.

No obstante, la creencia en ese dios más propio de filósofos que de devotos orantes, no parece que deba ser la creencia originaria de la mayoría de las personas. Al contrario, su idea de dios seguramente proviene de una fe originada en la infancia, alentada por sus padres o en la escuela o parroquia a la que asistían, sin que nada tengan que ver en ella sus conocimientos de teología natural ni su formación académica posterior. Junto a muchas otras creencias propias de los primeros lustros de su vida, estas mismas personas habrán ido rechazando ese dios de su infancia y juventud, un dios personal al que pedían favores y temían ofender, sustituyéndolo en el mejor de los casos por un dios impersonal y distante. En la vida adulta, podrán aceptar aún la existencia de un Dios creador, pero no un Dios padre. Un Dios que es "algo", pero no un Dios que es "alguien", que es "otro".

Me atrevería a decir que hay dos tendencias que llevan a esa idea "limitada" de Dios. Una primera es la idea de que Dios es un molesto metomentodo. Como hemos dicho, muchos creyentes identifica-

rios asumen la idea de que Dios ha creado el mundo a modo de impávido diseñador cosmológico. El problema surge cuando ese creador deja de ser el mero titular de la patente y pasa a ser, como de hecho predica la Iglesia, un diseñador comprometido con su creación, y sobre todo con su criatura predilecta: el ser humano.

Recordemos que, en el relato del Génesis, Dios creó el mundo y se dio un día de descanso, pero al siguiente volvió para empezar su labor de supervisión. Y aquí es donde empiezan los celos. Adán y Eva transgreden la ley (¿y quién no lo ha hecho alguna vez?) y se ven obligados a esconderse de un Dios entrometido (Gn 3, 6). Su retoño Caín no soporta a su hermano y lo mata, pero Yahvé pronto pregunta por él y Caín queda en evidencia: nada parece poder ocultarse al Dios que se oculta. Siglos después, al hombre actual esta presión se le hace insoportable.

Es verdad que se ha abusado de la imagen del dios panóptico, que conoce nuestros pecados aun antes de cometerlos y que nos vigila constantemente. Pero un dios orwelliano no solo no es atractivo, sino que tampoco encaja con el dios que predica la Iglesia hoy. No obstante, el problema no se limita a tener que desmontar esa suerte de mito del dios guardián y

vigilante, pues vigile o no, un dios personal inevitablemente aparece como juez único, inapelable y sin rival. Porque el problema real no es que sea un dios, es que es el único: tiene el monopolio de la divinidad. Puede haber, y de hecho hay, otros “dioses” (dinero, fama, poder...) pero son dioses falsos, pues están en este mundo, son parte de lo creado. En cambio, fuera de este mundo solo hay un interlocutor, un solo dios que se nos presenta como padre, que nos conoce mejor que nosotros mismos y al que no podemos engañar.

No es difícil adivinar que, en esta fase individualista y rebelde de la sociedad occidental, son muchos los que reaccionan como cualquier adolescente reacciona ante la autoridad del padre. No quieren un interlocutor que vele por ellos, salvo que se metan en un lío importante. Quieren que Dios les deje vivir su vida, que les deje en paz. Para estas personas, Dios es un ente opresor, alguien o algo que limita su libertad y su autonomía, que no permite su pleno desarrollo personal. Un dios, en definitiva, que se opone a la naturaleza humana.

3. Dios no nos toma en serio

No todas las personas piensan, sin embargo, que Dios es un enemigo

del hombre y deciden despreciarlo, vivir como si no existiera. Muchas otras, por el contrario, viven en la hipótesis de que Dios existe, pero viven como si Dios pasara de ellos. Viven sin prescindir del todo de Dios, pero cuentan poco con él. No por rechazo o porque se sientan especialmente incómodos, sino que, al contrario, son ellos mismos los que se sienten rechazados por Dios. Viven como si Dios pasara de ellos.

Si algo se le habrá quedado a todo aquel que ha recibido una mínima educación cristiana es que Dios nos ama como un Padre y que, por ello mismo, podemos pedirle aquello que consideremos necesario y Él nos lo concederá, con todas las salvedades que luego se le quieran añadir. Incluso muchos de aquellos que manifiestan hoy de adultos un elevado grado de indiferencia hacia Dios, no dudan en suplicar su ayuda en momentos complicados, difíciles, dolorosos. Pero ahí es donde posiblemente llegue la decepción, pues la triste estadística es que Dios rara vez devuelve la llamada. Entonces la conclusión es fácil: estar pendiente de Dios es tan inútil como esperar a que nos responda.

Que Dios es reacio a responder no es nada nuevo. Cualquiera que haya ojeado los Salmos de la Biblia habrá observado en cuántos

de ellos el autor suplica a Yahvé que sus peticiones sean escuchadas. La diferencia se encuentra en la actitud del suplicante cuando ve que no obtiene respuesta. El salmista reconoce a Dios como el Señor, el creador de todo, y no se le ocurre pensar que Dios carezca de razones para actuar como actúa. El propio Job tiene que acabar hasta las narices de los reproches de sus amigos para llegar a cuestionar a Dios. Su atrevimiento tiene, por otro lado, una respuesta contundente de Yahvé, rayana en la prepotencia (algo por lo demás disculpable tratándose del todopoderoso): «¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra? Dilo, si tanto sabes y entiendes ¿Sabes quién fijó sus medidas, o quién la midió a cordel?» (Jb 38, 4-5).

Pero el pasotismo de Dios que algunas personas parecen percibir no es un pasotismo activo. No es que conciban un dios iracundo que da la espalda a su criatura, idea que no encaja para nada en la del Dios amor que la gran mayoría recuerda de sus catequesis infantiles. Al contrario, el arquetipo frecuentemente recordado es el de un Dios tan bondadoso que consiente ser engañado, por ejemplo, por la astucia del sinvergüenza del hijo pródigo: «Me pondré en camino, iré donde mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo

y ante ti» (Lc 15, 18). El hijo sabe perfectamente que la sorpresa que se llevará su padre al verle conjurar cualquier intento de levantar su mano contra él. ¿Qué hijo no ha practicado el chantaje emocional con sus padres? Solo el hermano, con quien tienden a identificarse la mayoría de los lectores, parece darse cuenta de la treta, mientras que los sirvientes siguen el juego al señor de la casa, seguramente pensando cómo puede ser el padre (Dios) tan bobo de no darse cuenta de que su hijo lo engaña.

Esa imagen del dios padrazo, contenida en una de las parábolas más conocidas de Jesús, contrasta con la constatación de que Dios no contesta las llamadas, ni siquiera cuando nos encontramos con problemas serios. Esa es la pasividad de Dios en la que viven muchos creyentes: Dios está ahí, pero de alguna manera está muy ocupado con sus asuntos y sus historias y no tiene tiempo para mí. Dios no se comporta con nosotros como el padre del hijo pródigo, por mucho que Lucas nos legara esa conocida imagen.

Esta visión de Dios, que nos lleva a la decepción y al victimismo, es muy común no solo entre creyentes identitarios, sino también entre no pocos practicantes de misa asidua y cumplidores de los preceptos, y nos remite a lo que Adolphe

Gesché definió como la fascinación por la fatalidad.⁵ Apuntaba el teólogo belga que, frente a lo que pudiera parecer, el hombre no siempre está ansioso por la vida y la libertad, sino que a menudo manifiesta una especie de pulsión por la adversidad y la desdicha. La tragedia le produce una especial fascinación y en no pocos casos el victimismo le resulta reconfortante. La resignación se reviste finalmente de férreo determinismo y da paso a expresiones comunes del estilo de “estaba escrito”, “era mi destino”, “pasó lo que tenía que pasar” etc. Un determinismo que nos descansa (la fatiga del que se ha rendido ante la fatalidad) y hasta cierto punto nos atrae, en una fascinación enfermiza por victimizarnos.

Cabría preguntarse si esa pasión por la fatalidad no es el reverso de la búsqueda de sentido y de esperanza. En todas las personas parece existir este elemento común que es el ansia de ir más allá de su existencia. Un más allá que no necesariamente implica trascendencia, sino la búsqueda de una excelencia siempre inalcanzable en su plenitud y que suele ir pareja a la pretensión de dejar una huella inmortal en la historia. Pero, jun-

⁵ A. GESCHÉ, *El sentido*, Sígueme, Salamanca 2004, 101.

to a ello, nos acompaña siempre la sombra de nuestra propia finitud. Cómo hacer frente a esta limitación es posiblemente el elemento diferenciador más importante entre el creyente y el no creyente. En primer lugar, porque no es lo mismo dejar impresionadas a las demás personas que impresionar a Dios. Y, en segundo lugar, porque al creyente siempre le queda la esperanza de que, si sus esfuerzos son insuficientes, Dios puede echarle una mano.

Reconozcamos que, puestos sobre la balanza, la promesa de una vida eterna colma cualquier deseo del ser humano, por lo que la oferta de Dios en ningún caso puede ser igualada por otra. Si damos credibilidad a esa promesa, la fatalidad desaparece instantáneamente. En consecuencia, la respuesta a la pregunta de por qué tantos creyentes viven como si Dios no existiera, incluso aunque crean que ha sido Él el que los ha abandonado, solo puede ser que viven así porque no dan credibilidad a esa oferta.

4. Realimentar el deseo de Dios

Las mismas personas que hoy no se toman en serio la oferta de Dios, persiguen por sus propios medios esa ansia de eternidad. Algunos

aspiran a vencer a la muerte y a limitar los efectos de la vejez, incluso aplicando técnicas de manipulación genética o nanotecnología⁶. Otros intentan vanamente alargar su juventud a base de ejercicio y cosmética o realizando largos y exóticos viajes, buscando vivir experiencias intensas que prolonguen cada segundo de su vida. Si con ello no consiguen superar su finitud, al menos intentan intensificarla lo más posible, sin depender para ello de Dios. Reaparece la tentadora oferta de la serpiente a Eva: comed del fruto prohibido y seréis como dioses (Gn 3, 5).

Pero la astuta serpiente sigue engañando a los incautos. El hombre no solo no es Dios, como es evidente, sino que parece que se siente impulsado a dar la espalda al creador para dirigir su mirada a mitos modernos como la fe en el progreso científico, en la técnica o la medicina. Consecuencia de ello es que Dios es categorizado como

⁶ Puede sonar a ciencia ficción, pero tras estas y otras propuestas encontramos una nueva visión del humanismo, calificada como transhumanismo o posthumanismo, e ingentes cantidades de dinero dedicadas a la investigación de estos temas. Para ampliar información, es muy recomendable la lectura de L. FERRY, *La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*, Alianza Editorial, Madrid 2017.

simple superstición. Aparentemente, la racionalidad científica no solo proporciona el conocimiento racional, único que debemos considerar como tal, sino que va más allá, manifiesta esa racionalidad una virtud liberadora al fulminar definitivamente la religión y otras falsas creencias⁷. Desgraciadamente (o no), todo esto no deja de ser un espejismo epistemológico, pues no hay razones científicas que acrediten esa primacía del pensamiento científico y mucho menos su cariz liberador y terapéutico. En cambio, sí que existe la seguridad de que, en uno u otro momento en la vida de las personas, estos mitos se derrumban por la cruel embestida del dolor, la enfermedad, la vejez y la cercanía del fin. Así está escrito, podríamos decir. La fatalidad vuelve a imponerse.

Es aquí donde los creyentes debemos plantear nuestra oferta que, lejos de ser una imposición o una corrección ante la evidencia del error (que no todos perciben, claro está), debe ser vista como un estímulo a desear creer en Dios. La receta que propongo no es nueva, pues la dibujó siglos atrás Pascal y, pese al tiempo transcurrido, no debería resultarnos complicado adaptarla a nuestra actual

coyuntura. ¿Cuál era esa receta que proponía el pensador francés para la religión? «Volverla a hacer amable, hacer que los buenos deseen que sea verdadera y mostrar después que es verdadera»⁸. Un primer aviso a navegantes de la apologética tradicional: aquí el orden de los factores afecta al resultado. Primero hay que promover el deseo y, solo después, acudir a la razón. Desgranemos, pues, los ingredientes de la receta para adecuarla a nuestras necesidades.

En primer lugar, hay que conjurar esa idea de que Dios o la religión es algo contrario a la razón. En muchos casos, la fe es vista como un obstáculo para la indagación personal, la experimentación o la crítica racional⁹. Es evidente que la actual contraposición fe y razón no reproduce la discusión propia de la Escolástica, sino que tiene un sentido más formal que material. La racionalidad se caracteriza por la actitud crítica, y esa crítica se vehicula a través del debate abierto y libre. La Iglesia necesita ser un actor más en el mundo para propagar su mensaje y ello hoy solo es posible si acepta las reglas del juego y pasa a ser un interlocutor más. Ello no quiere decir que deba

⁷ Cf. E. FORMENT, *Metafísica*, Palabra, Madrid 2009, 15.

⁸ B. PASCAL, *op. cit.*, 43.

⁹ Cf. F. SAVATER, *Diccionario Filosófico*, Planeta, Barcelona 1995, 320.

renunciar a su carácter sacramental y a su misión de depositaria y transmisora de la Revelación, pero esa transmisión hoy no es posible si no sitúa también en la plaza pública y en condiciones de igualdad con los demás, huyendo de actitudes condescendientes. Porque es ahí, en la plaza y no en el templo, donde primero será vista por la mayoría de la gente.

En estas condiciones se abre la posibilidad de que la Iglesia se perciba, no como un enemigo, sino como una alternativa razonable. A partir de esa religión "amable" en el sentido de Pascal, es posible exponer su propuesta liberadora y que ofrece un nuevo sentido a la vida del hombre. Por tanto, frente a la apologética clásica que pretendía esgrimir las armas de la razón para imponer la fe, nuestra propuesta debe ser la de llegar al corazón del hombre, remover su espíritu aletargado para promover en él el deseo de que ese nuevo sentido sea real, desear que la religión de la Iglesia sea verdadera. Un deseo que le abrirá el camino que le llevará a la fe.

Para ello antes es necesario, sin embargo, promover una dispo-

sición especial de la persona hacia lo espiritual. El materialismo cientificista actual cercena esa vertiente que, por otra parte, es tan específicamente humana. Difícilmente se recuperará ese deseo de creer en Dios si antes no se despierta la curiosidad por lo espiritual. Tampoco ayuda aquí una Iglesia que insiste en aparecer como guardiana de la corrección moral o de ritos atávicos, a menudo tan alejados de nuestro imaginario cultural.

El papa Francisco crea para ello un fantástico neologismo: *primerrear*. Esto es, "adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos"¹⁰, reconociendo que de nada sirven "los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón"¹¹. Esto último es fundamental pues, si la transformación no se ejecuta en nuestros corazones, corremos el riesgo de acabar creyendo en una religión que se practica como un fin en sí mismo. Es decir, una religión que se practica como si Dios no existiera. ■

¹⁰ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 24.

¹¹ *Ibid.*, 262.